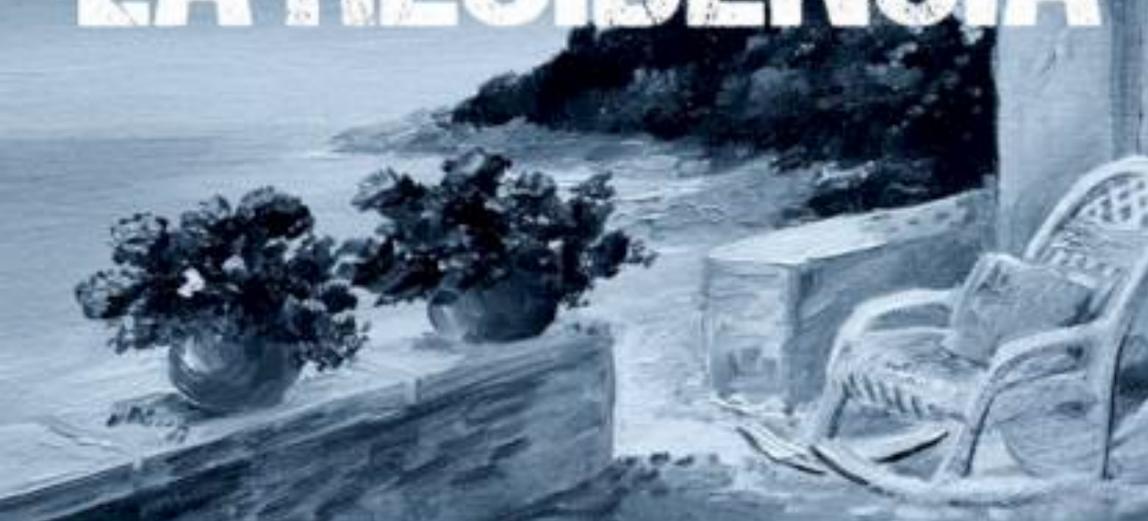




Fede Puertos

LA RESIDENCIA



Santiago, un informático retirado de la Agencia Tributaria en Barcelona, decide volver a su Valencia natal para emprender la última etapa de su vida. La misteriosa muerte de su hijo, el abandono de su mujer, enamorada de su mejor amiga, y la lejanía de sus nietos y su única hija le hacen sentir que Barcelona ya no es su sitio.

Cuando comienza a organizar su nueva vida, aparecen los primeros síntomas de Alzheimer. Apesadumbrado al conocer cómo evolucionará esta enfermedad, decide ingresar voluntariamente en una residencia para sobrellevar este mal con la mayor comodidad y dignidad. Allí conocerá a su ambiciosa directora y a cuatro residentes con los que hará más amenos sus ratos de ocio y lucidez. Pero ninguno, ni siquiera Santiago, son quienes aparentan ser.

Índice de contenido

Dedicatoria y agradecimientos

Prólogo

Capítulo 1. La llamada

Capítulo 2. La noticia

Capítulo 3. La decisión

Capítulo 4. Las Navidades

Capítulo 5. Nuevo hogar

Capítulo 6. La maldita enfermedad

Capítulo 7. La entrevista

Capítulo 8. El ingreso

Capítulo 9. Las amistades

Capítulo 10. Ángela

Capítulo 11. La visita del jefe

Capítulo 12. Los compañeros

Capítulo 13. El doctor

Capítulo 14. Relaciones peligrosas

Capítulo 15. La confesión de Unai

Capítulo 16. Secretos con papá

Capítulo 17. La fiesta

Capítulo 18. Toni

Capítulo 19. El primer plan

Capítulo 20. La Policía

Capítulo 21. Intento fallido

Capítulo 22. Confesiones

Capítulo 23. El sepelio

Capítulo 24. Visita inesperada

Capítulo 25. Salomé

Capítulo 26. Un domingo fantástico

Capítulo 27. Un lunes

Capítulo 28. La extracción

Capítulo 29. Te han descubierto

Capítulo 30. Investigando a Santiago

Capítulo 31. La directora declara

Capítulo 32. Ejecución de la primera parte del gran plan

Capítulo 33. Ejecución de la segunda parte del gran plan

Capítulo 34. La hora de la verdad (I)

Capítulo 35. La hora de la verdad (II)

Capítulo 36. El gerente

Capítulo 37. Bittor

Capítulo 38. La vida sigue

Capítulo 39. Sorpresa

Capítulo 40. El desenlace

Sobre el autor

DEDICATORIA Y AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, me gustaría dedicar esta novela absolutamente a todas las personas de esa generación de hierro y que ahora la etiquetamos como «tercera edad», a la que, sin estudios, trabajó duramente para educar a sus hijos y transmitirles los valores como el amor, el respeto, el esfuerzo, el compromiso, la dignidad, la humildad, el sacrificio, la actitud frente a la vida y el valor de las cosas, que no el precio.

Sin ellas, sin su trabajo, su perseverancia, su coraje, su audacia y bravura, su actitud, su cuidado, su educación y su dedicación no habiéramos heredado este mundo en el que vivimos y compartimos hoy.

Muchos de ellos nos dejaron para siempre, aunque su llama seguirá viva entre nosotros. Les recordamos diariamente y mantenemos viva su memoria.

También deseo dedicarla a todas las personas mayores que todavía están presentes y moran en sus casas, en la de sus hijos o familiares, o en las residencias, y que cada día nos transmiten su amor y su sabiduría.

Y, cómo no, mi agradecimiento a todos los profesionales que, directa e indirectamente, trabajan en las residencias, en los centros de día de mayores y que velan por el cuidado, la salud y el bienestar de sus residentes diariamente.

A todos mis familiares, a los que están y a los que desafortunadamente ya no permanecen entre nosotros, pero que sin duda alguna siempre estarán presentes en mi corazón y mis pensamientos.

A todas mis amistades, amigos/as y a los que han compartido un espacio de su vida conmigo.

Y por último, quiero expresar mi especial agradecimiento a mi esposa y a mis hijos, que me han apoyado incondicionalmente durante el tiempo de la composición de la obra, así como también a todos los profesionales que han realizado los trabajos posteriores como maquetación, diseño, edición y publicación para que esta novela esté al alcance del lector.

PRÓLOGO

Residencia es un término que procede del latín *residens* y que hace mención a la acción y efecto de residir (estar establecido en un lugar). Puede tratarse del lugar o domicilio en el que se reside.

En los momentos que nos ha tocado vivir por la pandemia de la COVID-19, sin duda alguna, las residencias de la «tercera edad» han sido protagonistas de diversos y numerosos titulares en las noticias de la prensa escrita, de la televisión y de las redes sociales, porque muchísimos residentes, tal vez demasiados, han perdido la vida a causa del maldito virus.

Sin embargo, quisiera resaltar e informar al lector que esta novela de ficción no trata sobre la pandemia ni sobre los daños directos e indirectos que esta ha ocasionado a los residentes. La trama es muy distinta a lo que se puede esperar.

En este caso, la acción de este relato transcurre en una imaginaria residencia de lujo, situada en un entorno privilegiado junto al mar, al norte de la magnífica ciudad de Valencia.

Este geriátrico está equipado de grandes instalaciones y cuenta con unos excelentes profesionales. La mayoría de los residentes gozan de buena salud y son autosuficientes, aunque algunos, muy pocos, tienen un cierto grado de dependencia física y mental.

A decir verdad, cada residente podría tener su propia historia, pero invito al lector a conocer a uno muy espe-

cial: Santiago Boscá.

Me gustaría destacar que, no siendo una segunda parte de mi novela *1609, Galeón* tal y como podemos entender, debo advertir al lector de que se podría tratar de un *spin-off*, término anglosajón que significa: «proyecto nacido como extensión de otro anterior», porque en esta aparecen ciertos personajes de la tercera parte de la novela citada y que acompañarán en la trama a Santiago, el eje conductor y protagonista absoluto de *La Residencia*.

Capítulo 1

La llamada

Aún no eran las once de la mañana, hora en la que Inés, si el trabajo se lo permitía, tomaba su café y sus tostadas en la pequeña sala habilitada para ello, cuando su compañera la avisó de que había recibido una llamada telefónica de su padre. Se alertó porque él nunca la llamaba cuando sabía que estaba trabajando, a no ser que fuera una noticia alarmante o inusual.

Inés ejercía de enfermera en el Hospital Universitario de Bilbao. Era una mujer de altura media baja –un metro sesenta más o menos–, ostentaba unos preciosos ojos grises, una cara bien tersa, con una nariz griega y, aunque tenía treinta y seis años, un buen día decidió tintarse siempre el pelo rubio para disimular las canas que le iban apareciendo, recordándole que el paso de los años era para todos por igual, sin distinción alguna.

Se dirigió al despacho de su supervisora, entró y cerró la puerta. Se sentó en la silla de su jefa y, un tanto temblorosa por desconocer el alcance de la noticia que recibiría, cogió el teléfono y dijo:

–Hola, papá, ¿cómo estás?, ¿ocurre algo? –le preguntó sin prácticamente hacer una pausa.

–Hola, cariño, me alegra escucharte. No, no pasa nada, tranquilízate. Estoy bien, poco a poco adaptándome a mi nueva vida, pero no me quejo. Gracias a dios, todo bien.

–Me alegro y me encanta que me hayas llamado, de verdad. Me embelesa escuchar tu preciosa voz grave, la echaba de menos. Entonces, si no ocurre nada alarmante, ¿a qué debo el honor de tu llamada? –le preguntó más relajada.

–Cariño, el honor es mío. Estoy muy orgulloso de mi hija y de su familia. Por cierto, ¿cómo están mi yerno y mis nietos? He visto por la tele que el clima de Bilbao no está siendo muy agradable estos últimos días.

–Papá, Unai está muy bien, perfectamente. Atrincherado en su oficina bancaria como siempre. Está trabajando mucho por la cantidad de reformas que están haciendo constantemente en su sector. Cada vez quieren menos personal, más preparado y con menor coste económico. Ya conoces cómo funciona el sistema. Por otra parte, los niños en el cole, de ocho a tres, y por la tarde, ocupados con sus tareas extraescolares. Hugo, que ya sabes que está aprendiendo a tocar el saxofón como su abuelo, está entusiasmado con la idea de interpretar su partitura en la audición que hay en la semana previa a la Navidad. Blanca, hecha un lío con las clases de baile, creo que no le gustan nada, pero ella, como yo, calla y lucha para intentar ser la mejor en todo. Es muy competitiva. Y en cuanto al clima, ¿qué te voy a contar? Aquí, en el norte, vemos poco el sol en noviembre y, además, refresca bastante.

–Me alegro mucho por ellos y por ti. Tengo ganas de ver a mi nieto tocando el saxofón. Tal vez un día hagamos un dúo, me encantaría. Blanca, con lo pequeña que es, debe de estar muy graciosa marcando sus pasos bailando. Los echo de menos.

–Nosotros a ti también, papá. Has iniciado la conversación diciéndome que poco a poco estás adaptándote y me asombra. Por favor, papá, hace ya casi ocho años que mamá y tú os separasteis, ¿quieres decirme que aún no te has adaptado?

—Ay, hija, si lo sé, ha pasado todo ese tiempo, pero no me hago a la idea. Aún quiero a tu madre como el primer día. ¿Sabes? Cada noche, cuando me acuesto, me tumbo en mi lado de la cama, observo el que era suyo y le digo: «Buenas noches, cariño». La soledad buscada tal vez tenga algo de especial y mágica, pero te aseguro que la soledad impuesta no es nada agradable ni divertida. Cuando te das cuenta de que estás solo, es cuando más necesitamos a los seres queridos. En mi soledad, lo que más me duele es pensar una y otra vez en tu hermano, con su desgraciado final. Hace ya casi doce años que murió en este desafortunado accidente de la maldita fábrica y todavía oigo su voz y huelo su perfume. Era muy presumido. Bueno, ya lo sabes. Me cuesta aceptar la idea de que no esté entre nosotros, y los malditos responsables, viviendo su vida como si no hubiera pasado nada. ¡Qué injusta ha sido la vida con él! Estoy seguro de que estaría encantado con sus sobrinos, le gustaban mucho los niños.

—Papá, papá... Para, por favor. Echo de menos a mi hermano tanto como tú. Éramos uña y carne, lo sabes. ¡Qué diferente hubiera sido todo si él hubiese estado entre nosotros! Pero, por favor, no te castigues más, creo que eso no es saludable para ti. Soy consciente de que fue muy fuerte el trance que pasasteis mamá y tú con su fallecimiento, lo sé, yo también estaba ahí. También sé que fue muy duro separarte de ella, máxime cuando te dijo que se iba con su mejor amiga, de la que estaba muy enamorada; lo entiendo, no quiero ni pensar el calvario que puede suponer para ti. Yo también lo pasé muy mal, de veras. Fue un duro golpe para ambos, te lo aseguro. No fue fácil aceptar la separación de tus padres y más extraño aún, si cabe, cuando te enteras de que tu madre se va con su mejor amiga. Pero desde que dieron el paso, personalmente, a ella la veo muy feliz. Creo que te quiere todavía, pero a su manera. Ella está pletórica de amor para todos y siempre formarás parte de su corazón, te lo aseguro. Por cierto,

estuvimos conversando por teléfono el sábado pasado y siento que está exultante y en paz consigo misma. Además, Mara la trata muy bien también. Rezuma amor y pasión por mamá.

–Lo sé, cariño, lo sé. Pero ¿qué quieres que te diga? Me cuesta hacerme a la idea. Te prometo que lo haré. No es tan fácil olvidar al gran amor de mi vida.

–Vamos, vamos, no te pongas sentimental ahora. ¿Sabes? Queremos ir a Barcelona a verte en el puente de la Constitución. Quería darte una sorpresa, pero ya que te veo en este plan sentimental, te lo avanzo –le dijo con intención de animarle.

–Gracias, me hace muy feliz la propuesta, pero no. No quiero que vengáis –respondió tajantemente–. Cariño, la otra razón por la que te he llamado era que quería comunicarte que he decidido regresar a mi querida Valencia a vivir. Necesitaba decírtelo.

–¿Cómo? ¿Regresar a Valencia? ¿Tú solo? Pero, hombre, ¿qué motivos te impulsan ahora para tomar esa decisión tan importante? –le preguntó un tanto exaltada.

–Cariño, aquí en Barcelona no me queda nada ya. Solo los cuatro amigos que salimos a tomar algo y jugar al dominó por las tardes. Nada más. Vivo solo, y aunque he sido muy dichoso en esta maravillosa ciudad, siento que mi presencia aquí ha terminado. Los tiempos cambian y yo también. Quiero regresar a mi tierra. Poseo un piso estu-
pendo allí, muerto de risa, esperándome. Además, ahora se están pagando bien los inmuebles aquí, hay mucha demanda y más aún en el barrio donde vivo. Hablé con la inmobiliaria de la esquina y están deseando que les ofrezca mi piso. He pensado que, con los beneficios, arreglo cuatro cosas del piso de Valencia, el sobrante lo ingresaré en la cartilla del banco y ya veremos.

–Pero, papá, es una decisión muy importante y trascendental para que la tomes así.

–Sí, lo sé, pero llevo mucho tiempo meditándola y creo que ha llegado el momento de ser valientes y regresar a mi casa. Me gustaría acabar mi vida allí.

–No me digas eso, de verdad, no me gusta escucharlo. No sé, sinceramente, no sé qué decirte. Nosotros en Bilbao, la mamá en Barcelona y tú en Valencia, viviendo solo. No lo veo claro.

–Hija, ahora tu madre vive a tres manzanas de mi casa, pero aun así me siento solo. Sé que ella está cerca físicamente, pero sentimentalmente nos separa un mundo. Me siento extraño aquí y necesito un cambio de aires pronto.

–Está bien, papá. Por favor, mantenme informada de todo. Lo siento, ahora debo dejarte, mi tiempo de descanso ha finalizado y me necesitan en planta. Ya tomaré algo más tarde, si me dejan. Cuídate mucho y a ver si esta noche cuando llegue a casa, tras salir de mi turno, te llamo y me cuentas todos los detalles.

–Hija, no te preocupes. No me llames esta noche porque tenemos partida en casa de Julián. Hoy es martes y toca noche de chicos, je, je, je... El más joven soy yo con setenta años, a punto de cumplir setenta y uno... De chicos, je, je. Me hace gracia, disculpa.

–Vale, entonces diviértete mucho y pasado mañana, cuando salga de mi turno, te llamaré cuando llegue a casa y así hablas con los niños, ¿te parece bien?

–Me parece perfecto. Cuídate, cariño, y dale un besazo a cada uno de ellos de parte de su abuelo. Y, a ti, princesa mía, uno muy especial. Te quiero mucho. ¡Ah! Saluda a Unai de mi parte y dile que no trabaje tanto, a ver si luego va a ser el más rico del cementerio.

–Lo haré, papá. Te quiero. Hasta pronto.

–Adiós, hija –respondió mientras colgaba el teléfono y se le hacía un nudo la garganta.

Cuando Inés terminó su turno, se dirigió directamente a casa. Durante todo el trayecto iba absorta en sus pensamientos. En resumen: su padre la había llamado para de-

circle que echaba de menos a su familia en general, pues era muy sentimental y que quería mudarse a Valencia. «Menudo cambio a su edad», pensó.

No fue nada sencillo para él digerir la muerte de un hijo, causada por un extraño accidente dentro del laboratorio de una de las más importantes farmacéuticas de Barcelona y posiblemente del mundo. Su hijo era un *crack* en su trabajo, no en vano fue premio *cum laude* en su doctorado de Farmacología. Tenía por delante un futuro prometedo, hasta que un maldito día, el fatídico accidente, cuyas verdaderas causas aún se desconocían, se llevó su vida y con ella, parte de la de sus familiares también.

Inés llegó a casa y saludó a su marido, que la esperaba para cenar. Los hijos ya estaban acostados en su habitación. Madrugaban mucho cada día y estaban agotados.

Cenaron, hablaron de varios asuntos y le contó a su esposo la conversación mantenida con su padre, y aunque a este le extrañó mucho lo de su posible mudanza a Valencia, no opinó nada. Luego se sentaron en el sofá un rato e hicieron *zapping* sin parar. Finalmente, como nada de lo que se estaba emitiendo les convencía, decidieron acostarse y descansar.

Cuando Unai se estaba cepillando los dientes, su teléfono móvil, que estaba encima de la mesa del comedor, sonó y este acudió para cogerlo rápidamente para evitar que la melodía despertara a sus hijos. Su esposa se quedó en la cama.

Unai miró la pantalla y le indicaba que era un número oculto. Dudaba si cogerlo o no, hasta que al final pulsó la luz verde y contestó.

Se dirigió al cuarto del lavado y planchado y cerró para tener un poco de intimidad. Estuvo conversando con su interlocutor aproximadamente diez minutos. Cuando regresó, su esposa, que ya estaba medio dormida, le preguntó quién demonios había llamado a esas horas y qué